

➤ Viajes, política y patriotismo: un terreno cultural compartido entre España y la Argentina*

Ana Leonor Romero

Instituto Ravignani, CONICET-UBA, Argentina

Resumen: A finales del siglo XIX los viajes ayudaron a consolidar el terreno cultural compartido que se estaba formando entre España y la Argentina. Constituyen un instrumento de análisis privilegiado para comprender la circulación de ideas que dio forma a los tópicos morales compartidos y para dar cuenta de la realidad política, cultural y social a ambos márgenes del Atlántico. En este trabajo se analizan los viajes realizados por tres emigrados españoles –Fernando López Benedito, Rafael Calzada y Francisco Grandmontagne–, y el papel que, a través de la noción de patria, jugaron en la conformación de este terreno.

Palabras clave: Viajes; Patriotismo; Circulación de ideas; España-Argentina; Siglo XIX.

Abstract: In the late 19th century, travels improved the cultural common ground that was emerging between Argentine and Spain. Travels, as experiences, are a privilege tool for understanding the circulation of ideas between these countries. They shaped shared moral topics between them and were used to give an account of the political, cultural and social situation. Specifically, this article analyses three Spanish emigrants travels –Fernando Lopez Benedito, Rafael Calzada y Francisco Grandmontagne– in particular the role played by the notion of patria in the consolidation of a common ground.

Keywords: Travel; Patriotism; Circulation of Ideas; Spain-Argentina; 19th Century.

Los viajeros y sus viajes, realizados ya sea en representación oficial, como empresa individual, o por encargo de una institución, fueron uno de los principales vehículos con los que se construyó a finales del siglo XIX un “terreno cultural compartido”¹ entre la Argentina y España. Este se materializó en la circulación de distintos objetos culturales,

* Este trabajo se enmarca dentro de un proyecto de investigación de doctorado financiado por el CONICET (2006-2011) y pertenece además al proyecto de investigación UBACYT dirigido por la doctora Hilda Sabato y financiado por la UBA: “Estado, política y ciudadanía en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX. Prácticas y representaciones” (2011-2014) y al proyecto de investigación PICT “Estado, política y sociedad en la Argentina, 1852-1955”, financiado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica. Para la investigación de los diálogos políticos entre España y la Argentina contó con financiamiento del Fondo Nacional de las Artes. Fragmentos de este trabajo fueron discutidos en distintos congresos. Agradezco los invaluable aportes de organizadores, comentaristas y asistentes.

1 Este concepto –tributario de los distintos análisis sobre la transformación de las relaciones entre España y América y la creación de una identidad cultural común– busca subrayar cómo se estructura la circulación de significantes compartidos en un lenguaje político y cultural común más que los aspectos identitarios del proceso.

que viabilizaron el intercambio de ideas entre ambas márgenes del Atlántico (Pike 1971; Mainer 1977; Tabanera García 1997).

Este trabajo analiza el lugar que tuvieron en la consolidación de ese terreno los viajes a su patria de algunos emigrados españoles en la Argentina y en particular, su papel en el afianzamiento de un conjunto de nociones políticas, comunes a ambas orillas. Los viajes ofrecen un hilo conductor privilegiado para comprender tanto las prácticas de los actores que intervinieron en los distintos espacios disponibles como los discursos –los relatos involucrados en su construcción– y para combinar la perspectiva de un individuo con las formas contemporáneas de ver el mundo. Como experiencia, integraron un conjunto de actividades y pasos rituales que remiten a la estructura social y política en la que se insertaron. A su vez, el relato de viaje –entendiendo en forma amplia toda la narrativa involucrada para dar cuenta de él– ilumina la interacción discursiva, articula estas dos dimensiones y permite singularizar algunos aspectos de este proceso. La crítica literaria ha elaborado un aparato teórico imprescindible para analizar los viajes desde sus aspectos narrativos, mientras que su consideración como objeto cultural adecuado para pensar el intercambio de ideas ha abierto una interesante perspectiva para el caso de España y América (Pratt 1992; Ette 1992; Rodríguez Pérsico 1992; Colombi 2004; Saïtta 2007). Nuevos aportes señalaron, por un lado, la construcción de una comunidad cultural hispanoamericana imaginada donde intervinieron diversos actores,² y por otro, destacaron el papel de las misiones culturales españolas que abogaron por la cooperación intelectual (Prado 2005). Aunque precisaron algunos de los diálogos culturales y políticos entre España y la Argentina, el grueso de esta perspectiva se centró en la construcción de un “otro” y un “nosotros”, opacando otras problemáticas. A partir de esos aportes, este trabajo atiende a la circulación de ideas políticas y considera desde esta faceta conceptos tales como los de raza latina y patria, que estructuraron los diálogos en este terreno cultural compartido.

Específicamente se analiza qué papel jugaron los emigrados españoles en la consolidación de nociones políticas comunes a partir de los viajes de tres de ellos, que conforman un corpus de análisis útil para vislumbrar el proceso de construcción de este terreno cultural compartido. Se trata de Fernando López Benedito, Rafael Calzada y Francisco Grandmontagne, quienes viajaron en los años 1899, 1900 y 1903 respectivamente. Comisionados por la Asociación Patriótica Española³ para reforzar las relaciones comerciales entre América y España entraron en contacto con asociaciones como la Unión Ibero Americana⁴, pusieron en juego sus relaciones sociales, intelectuales, económicas y políticas, y desarrollaron sus propias estrategias de intervención. Sus experiencias fueron hechas públicas en distintos medios. Las impresiones en primera persona de López Benedito y Grandmontagne fueron recogidas por *El Correo Español* y *La Prensa* respec-

2 Esta es la propuesta de Pasquaré (2000), aunque su análisis no excluye su uso como mecanismo de intercambio cultural.

3 La Asociación Patriótica Española fue fundada en 1896 con el objetivo de responder al llamamiento de la patria, salir a la defensa del buen nombre y del honor de España, repatriar españoles y fomentar el espíritu de confraternidad entre españoles y americanos. Para un análisis de esta institución véanse Fernández (1987); Duarte (2003) y Romero (2007).

4 La Unión Ibero Americana, fundada en 1885 en el contexto de los preparativos de los festejos del IV Centenario, tenía como objetivo “estrechar las relaciones de afecto sociales, económicas, artísticas y políticas de España, Portugal y las naciones americanas” (Delgado/González Calleja 1991: 274).

tivamente. Calzada, en cambio, incluyó su relato en su autobiografía. En este corpus se articula la narración con la posibilidad de examinar la práctica misma, por lo que permite entender los modos de intervención política, las estrategias de acción en la esfera pública y su contribución a la circulación de nociones políticas comunes entre ambos márgenes del Atlántico. La puesta en diálogo de los tres viajes habilita la comprensión de los mecanismos de construcción de relatos sólidos que dieron cuenta de la crisis de fin de siglo, a través de una retórica de discusión o reafirmación.

España y Argentina: de zona de contacto a terreno cultural compartido

Desde los testimonios de la Conquista hasta aquellos que describían las maravillas del nuevo mundo, los relatos de viajeros dieron cuenta del peso de España en la conformación de la sociedad americana. A lo largo de tres siglos, se formó, entre la metrópoli y la colonia, una “zona de contacto”.⁵ A finales de ese siglo, con el impacto de las reformas borbónicas, se profundizó la percepción tiránica de la dominación española, que se entremezcló con los relatos de la leyenda negra de la conquista.

La ruptura revolucionaria de principios del siglo XIX profundizó esta percepción sobre el legado español. Acompañada por la reacción romántica que asociaba las historias de los pueblos con sus distintas capacidades y modos de ejercer la libertad, preocupó a quienes proyectaban los cambios independentistas. El rechazo político y cultural dominó entonces el vínculo con la antigua metrópoli (Halperin Donghi 1998: 67-85). Sin embargo, a finales del siglo XIX esta zona de contacto entre España y la Argentina se transformó. La noción de “terreno cultural compartido” posibilita analizar las nuevas características surgidas con la consolidación de un horizonte común de problemas. En el contexto de la carrera imperialista, a la luz de la Guerra de Cuba, para ciertos sectores políticos en la Argentina, la conexión cultural con España implicaba una atractiva alianza de la raza latina frente a los peligros de la dominación de la sajona, especialmente de los Estados Unidos. A la vez, América adquirió para España una nueva importancia simbólica, para sostener su estatus de imperio, no ya desde la dominación política sino desde la maternidad cultural. Este proceso fue alentado por los avances técnicos en la navegación y por la crisis económica europea que provocó la masiva migración de españoles. Interesados por la vida política y cultural de su patria, ellos buscaron mejorar la imagen de España. Sus esfuerzos confluyeron a partir de 1880 con la política del gobierno de la Restauración española, reforzando estos intereses a ambos márgenes del Atlántico (Moya 2004: 290-348).

A finales de siglo, una vez quebrado el orden ilustrado universal, la definición y caracterización de la sociedad se convirtió en un tema central del debate intelectual. En el caso de España, la crisis de 1898 y la pérdida de sus últimas colonias, proveyó un terreno fértil para debatir sobre el enigma español, su política y su moral. La cultura científica (Terán 2000: 9) incorporó, junto con otros aportes, a los relatos de viajeros como una herramienta para el diagnóstico de las sociedades. Como género cuya intención era dar testimonio y reflexionar sobre lo observado, poseía una estructura narrativa que combinaba el lenguaje científico, la formulación de hipótesis y las topologías con el uso de referentes externos

5 Espacios sociales en los que culturas dispares se encuentran, chocan y enfrentan en relaciones de dominación y subordinación (Pratt 1992: 16).

—mapas, dibujos, itinerarios— útiles para sostener su veracidad y que contrarrestaban con la subjetividad de las impresiones viajeras.⁶ Para los emigrados españoles, el viaje era la oportunidad de contrastar con la experiencia directa las versiones de la crisis que circulaban en la prensa tanto en España como en la Argentina.

Preocupados por lo que sucedía en la península organizaron colectas y reforzaron aquellos canales de comunicación que evaluaron ayudarían a superar la crisis. Los viajes encerraron así por lo menos tres aspectos: el estrechamiento de relaciones, el juicio sobre la situación política y la propuesta frente a la crisis. Siendo atractivo para los emigrados españoles, para los cronistas periodísticos y para algunos intelectuales argentinos, el debate sobre la crisis de España, la raza latina y sus derivas políticas impulsó el uso de un conjunto de nociones políticas y culturales comunes que dieron cuenta de la realidad política a ambas márgenes del Atlántico y conformaron un repertorio de tópicos con el cual se elaboraron los relatos de viaje.

Fernando López Benedito, Francisco Grandmontagne y Rafael Calzada tenían en común su carácter de emigrados españoles en la Argentina, preocupados por la situación en la península, y su pertenencia a un mismo ámbito de sociabilidad política y cultural. Los tres habían llegado entre las décadas de 1870 y 1880 y, como otros periodistas, abogados, políticos y dibujantes de la primera emigración habían encontrado en la Argentina la posibilidad de insertarse en su incipiente campo cultural. López Benedito, originario de Cuenca, llegó en 1870 como comerciante devenido en periodista. Rafael Calzada⁷, llegó en 1875. Su título de abogado y sus cartas de recomendación le valieron su inserción y consolidación en la sociabilidad judicial de Buenos Aires. Francisco Grandmontagne⁸, llegó más tarde, en 1886, en el comienzo de la inmigración masiva, y cobró visibilidad rápidamente al responder provocativamente a un artículo de Miguel Cané, una estrategia que retomaría más de una vez.

Las redacciones de los periódicos españoles —entre las que se destaca por su duración y convocatoria *El Correo Español*, fundado por el republicano Enrique Romero Jiménez— así como las distintas asociaciones de carácter cultural y social promovidas por la colectividad, como el Ateneo Español o los Juegos Florales, ofrecieron espacios para la discusión de temáticas que preocupaban a la colectividad española, posibilitando la incorporación de aquellos intelectuales argentinos interesados en estos temas (Moya 2004: 290-348). Probablemente López Benedito y Rafael Calzada se hayan cruzado por primera vez en la redacción de *El Correo Español*, donde el primero trabajó como colaborador y luego bajo las órdenes de Calzada, durante el breve período que fue dueño del periódico. Finalmente, López Benedito compró y dirigió ese órgano, impulsando desde sus páginas la unidad de la comunidad española en la Argentina, el acercamiento hispano-argentino y, durante la Guerra de Cuba, la fundación de la Asociación Patriótica Española, de la que fue vocero hasta 1903. En este emprendimiento también trabajó codo a codo con Calzada quien, como parte de la elite dirigente de la colectividad española, participó de la

6 El relato de viaje surge como género en el Renacimiento, y a lo largo de los siglos XVIII y XIX delinea un conjunto de características propias. Los aportes de la teoría literaria permiten entender las funciones de recursos léxicos, fraseológicos, gramaticales y semánticos que posibilita al narrador plasmar su intencionalidad. Véanse Tamboranea (1992); Colombi (2006); Fernández/Navarro (2008).

7 Sobre la trayectoria de Calzada véanse Biagini (1995); Da Orden (1999); Prado (2010).

8 Para el análisis de la obra y trayectoria de Grandmontagne, véanse Biagini (1995); Alfieri (1993 y 1998); Perrone (1994) y Del Barco (1979).

mayoría de sus empresas involucrando esfuerzo, dinero y tiempo. Entre otras, presidió el Club Español, formó parte de la Liga Republicana Española, del Ateneo Español y de La Colmena Artística (AA. VV. 1930: 355-361). Además intervino profusamente en política, particularmente en los debates sobre el papel de los extranjeros y el lugar de España en la Argentina.

La trayectoria de Francisco Grandmontagne es un poco disímil; en primer lugar porque su llegada fue posterior y no forma parte, estrictamente, de los emigrados políticos de la primera república. El periodismo le ofreció un canal para incorporarse en el ámbito cultural y político argentino: colaboró en varios diarios como *La Nación*, *El País* y *El Tiempo*, y desde 1902 se destacó como redactor de *La Prensa*. *La sociabilidad vasca* lo proveyó de otro espacio de inserción: en 1893 fundó *La Vasconia*, donde colaboraron figuras del ambiente cultural español como Miguel de Unamuno. Sin embargo, esto no implicó una postura contraria a la unidad española por la que abogó a lo largo de su vida, aun cuando las tendencias separatistas marcaron una división en el interior de la comunidad vasca. En esta publicación desarrolló algunos de los tópicos que plasmó en sus novelas *Teodoro Foronda*, editada en 1896, *La Maldonada* en 1898, y *Vivos, tilingos y locos lindos* en 1901. A partir de una caracterización sociológica de los inmigrantes españoles, resaltó algunos de sus rasgos, considerados canónicos, con los que contribuían a la transformación de la sociedad argentina. El novelista observó cómo las características raciales se combinaron con el papel del Estado, la sociedad y las costumbres propias de cada ocupación.

Los tres protagonistas participaban del entramado social de los emigrados españoles y a la vez, con distintos éxito, se habían insertado en la sociabilidad cultural argentina. Compartían inquietudes: mejorar la imagen de España y promover un acercamiento. El advenimiento de la crisis se sumó a sus preocupaciones y alentó una reflexión sobre los problemas políticos que involucró desde el lugar de España en el concierto de naciones hasta la evaluación de los límites del liberalismo.

La representación institucional: banquetes de despedidas y contratos

Todo viaje estructura su relato en tres momentos que definen el sentido, las relaciones que se establecen en la travesía y los términos de su representación: la partida, el viaje y el regreso (Pratt 1992: 144-148). Tanto la partida como la llegada pueden ser consideradas como ritos de pasaje (Turner 1988: 101) —en los que el actor se convierte en el personaje del viaje—, que acompañan todo cambio de lugar, estado o posición social donde se ponen en juego las representaciones sociales y los valores morales compartidos. La partida era el momento que definía el carácter de la misión y la actitud del viajero, su “yo” viajero,⁹ con derechos, obligaciones y expectativas de comportamiento. En contraposición, la llegada era el pasaje de viajero otra vez a actor local.

Como director de *El Correo Español*, López Benedito, utilizó el periódico a modo de diario de viajes. La sección “Redacción” publicó cartas destinadas a la comunidad

9 Tipos reconocibles históricamente con repertorios de conductas, actitudes éticas y modos de posicionarse en escena, que le confirieron un determinado tono al relato. La figura del viajero intelectual, cercana a la propuesta de los emigrados, posibilita establecer contactos, difundir sus obras y ser una voz autorizada, capaz de inventar y modificar representaciones sobre los espacios visitados (Colombi 2006: 20 s.).

de emigrados en la Argentina, donde daba cuenta de todo lo observado y oído. Entre los motivos de su viaje, impulsado por el deseo de visitar a su familia, estaba, como miembro de la Asociación Patriótica Española, “ponerse en comunicación con la Unión Ibero-Americana”.¹⁰ Por su trayectoria era la persona indicada para transmitir la imagen de los emigrados en la Argentina: patriotas preocupados por la situación peninsular. Pero la importancia simbólica del encargo demandaba una investidura acorde. El pasaje ritual por el cual se convirtió en representante de la colectividad española fue el banquete de despedida, celebrado en el Club Español.

A finales del siglo XIX, las cenas de despedida conformaban eventos sociales ritualizados en los cuales los viajeros podían ser investidos con un propósito. Estos actos ofrecen la posibilidad de analizar los mecanismos de delegación simbólica de la misión del viajero. En un primer momento se individualizaba al viajero entre los invitados, sus pares, los miembros más sobresalientes de la comunidad española en la Argentina, a través del reconocimiento de sus virtudes y de su trayectoria. El brindis, el momento ritual de proclamación, distinguía al personaje como meritorio y fijaba la intencionalidad del viaje (Romero 2006a: 2).

Gonzalo Segovia, presidente de la Asociación Patriótica Española, reconoció la trayectoria periodística de López Benedito y lo llamó “primer presidente y verdadero organizador de la Asociación Patriótica Española”.¹¹ De este modo, reconoció su papel en la Asociación y como miembro activo en la unificación de la comunidad española. El Dr. Tovía, en nombre del embajador Arellano, lo reforzó: “En los tres años que hace tengo la honra de contarme entre ustedes he podido convencerme de que López Benedito es uno de los más meritorios y modestos de nuestra comunidad”.¹² Su trayectoria y sus virtudes lo autorizaban como portavoz: “cuando por allá le pregunten que es la colectividad española del Plata, con más conocimiento de causa y mejor derecho que otro alguno, puede contestar: hasta hace tres años la constituían unos trescientos mil españoles de reserva, pero faltos de organización; desde esa fecha es un núcleo poderoso de fuerzas sociales españolas en activo e incondicional servicio de la patria”.¹³ De este modo, López Benedito se convirtió, por su trayectoria, su experiencia y su carácter, en el representante de los españoles en la Argentina. Los comensales se pusieron de pie en señal de respeto, la investidura finalizaba; luego, individualmente, estrecharon su mano. Su papel fue validado en España por el presidente de la Unión Ibero Americana, Faustino Rodríguez San Pedro, quien lo introdujo en los espacios políticos, le presentó al presidente del Consejo de Ministros y a los ministros de Guerra y Marina. Esos encuentros reconfirmaron el reconocimiento de su persona como legítimo representante.

El viaje de Calzada también alcanzó lugar público.¹⁴ A finales de 1900, se celebró en Madrid el Congreso Social y Económico Hispano-Americano organizado por la Unión Iberoamericana, aquella con la que López Benedito había entablado contacto un año antes, y la Asociación Patriótica Española designó sus delegados: Gonzalo Segovia, Francisco

10 “Notas”, en: *El Correo Español*, 23/04/1899, p. 1.

11 “Redacción: en homenaje de Fernando López Benedito”, en: *El Correo Español*, 25/04/1899, p. 1.

12 “Redacción: en homenaje de Fernando López Benedito”, en: *El Correo Español*, 25/04/1899, p. 1.

13 “Redacción: en homenaje de Fernando López Benedito”, en: *El Correo Español*, 25/04/1899, p. 1.

14 Si bien Calzada pasó dos años en el exterior, solo tomaremos su parte del viaje como representante de la Asociación Patriótica Española.

Suárez Salgado y Rafael Calzada.¹⁵ El gobierno argentino había aceptado participar, sus representantes eran Carlos Pellegrini, Emilio Mitre y Benito Villanueva, quienes, al igual que los otros representantes de la Asociación Patriótica Española, no pudieron asistir.¹⁶ En este escenario, Calzada sintetizó la representación de ese espacio geográfico. Este doble papel de representación, institucional y simbólico, se consolidó durante su banquete de despedida en el Club Español, al que asistieron los miembros de la Asociación Patriótica Española, de la colectividad y destacadas personalidades de la elite argentina, como el general Nicolás Levalle, Calixto Oyuela y el coronel Artemio Gramajo —representando al presidente de la República—, Dardo Rocha, monseñor Villanova Sanz, Estanislao Zeballos y José María Ramos Mejía, entre otros. Los discursos, al igual que como ocurrió con Fernando López Benedito el año anterior, confirmaron la representación. Cuatro días después, la representación simbólica fue ratificada por el presidente de la República Argentina en la casa de Gregorio Torres, donde cenó con Calzada (Calzada 1926: II, 85 s.).

Estas credenciales fueron corroboradas de forma inmediata; conjuntamente con Pi y Margall, Núñez de Arce, Menéndez y Pelayo, Moret, Silvela, Echegaray, Sagasta y Alonso Criado, fue nombrado uno de los presidentes honorarios del Congreso. El mayor reconocimiento fue la oportunidad de llevar su mensaje: el Consejo directivo de la Unión Ibero Americana le encomendó el discurso inaugural que respondió al de Rafael de María Labra (Calzada 1926: II, 85 s.). En ambos casos, el “yo” viajero estuvo avalado por una designación, principalmente simbólica, que se concretó de manera pública y definió el tipo de representación, sus objetivos y sus credenciales. Su aval en el puerto de llegada, tanto para López Benedito como para Calzada, coronó el reconocimiento del banquete de despedida.

En contraposición, el caso de Francisco Grandmontagne ofrece algunas variantes. Como conferenciante fue contratado por la Asociación Patriótica Española, aprovechando su viaje de retorno a la península, para dar una serie de charlas, en las principales ciudades y centros productores de España, como Bilbao, Barcelona y Valencia, sobre la situación del comercio argentino-español. Con este ciclo, la Asociación Patriótica Española buscaba mejorar las relaciones comerciales entre ambos países. Grandmontagne hablaba, como expresaba en una carta a Ramiro de Maeztu, “por representación y cuenta de la Asociación Patriótica Española, que me ha pagado las cinco conferencias. Deseo incitar a mis colegas, los amigos literarios de aquí a que hagan algo más que literatura” (Maeztu 1903: 4). Sus deberes estaban fijados de antemano. Los viajes cruzaban motivos personales, políticos o laborales, y posibilitaban un variado panorama de intervenciones en la esfera pública. Grandmontagne buscó complementar sus conferencias con otra salida laboral; además de dictar las conferencias propuso a *La Nación* y a *La Prensa* colaborar como corresponsal. Este último periódico le brindó la posibilidad de publicar sus impresiones de la vida política y social española. De este modo, desde la partida, el viajero tuvo dos ocupaciones: por un lado era corresponsal y, por otro, representante de la Asociación Patriótica Española (García 2002: 58-63). En ambos casos, lo unía un contrato con su empleador pero solo en el caso de la Asociación Patriótica Española este involucraba el contenido de sus opiniones. Conjuntamente con estas actividades, Grandmontagne deseaba desarrollar

15 *Acta Junta Ejecutiva de la Asociación Patriótica Española*, Libro III, 5/09/1900, p. 75. Archivo privado de la Asociación Patriótica Española, no catalogado.

16 Las misiones diplomáticas entre España y la Argentina fueron parte de la política de gestos de acercamiento que estrecharon sus relaciones (Rivadulla Barrientos 1992).

su perspectiva personal sobre cómo resolver los problemas de España y dar lugar al yo viajero intelectual: “Voy a dedicar el resto de mi vida y toda mi alma al servicio de popularizar en España las cosas de América, su historia, sus hombres sus costumbres y a señalar el camino que allí se abre a la energía española” (Maeztu 1903: 4). El viajero intelectual era la contracara del corresponsal. Los escritores o ensayistas que ocuparon ese doble papel residían en el lugar o, en algunas ocasiones, viajaban para informar. Estos dos tipos de “yo” viajero, desempeñados en general por la misma persona, diferían entre sí por el tipo de intervención y discurso propuesto. El viaje de Grandmontagne reunió estos papeles y evidenció las tensiones existentes entre estos roles.

Los tres viajeros encarnaban la voz y el ejemplo de la comunidad española en la Argentina y resaltaban la armonía interna como valor. Sus viajes, entendidos en el marco de un proceso ritual, pusieron en juego las representaciones sociales y los valores morales compartidos. Entre el primero y último hubo cuatro años de diferencia, en los que la comunidad española sufrió grandes cambios, productos de la repercusión local de los desafíos regionales a la nación en España. Sin embargo, como valor moral orientador de las acciones, la armonía, conducida por la Asociación Patriótica Española, continuaba identificando a gran parte de la colectividad. Este valor aunaba los intereses de los distintos viajeros que sellaron su integración con la colectividad y buscaron reproducir en España este discurso.

Repercusión, prensa y opinión pública

Para poder “popularizar en España las cosas de América” (Maeztu 1903: 4), y subrayar la potencialidad de las relaciones entre ambos márgenes del Atlántico, Grandmontagne necesitaba “periódicos, amigos, buena voluntad en todas partes, y mucha atención...” (Maeztu 1903: 4). Es decir, poder intervenir en la esfera pública y ampliar la repercusión.

Los periódicos españoles celebraron la llegada de López Benedito, de Calzada y de Grandmontagne dando cuenta de sus posiciones en los entramados sociales peninsulares. *El Correo Español* intercambiaba ejemplares con estos periódicos conformando una red por la que circulaba información, opiniones y trayectorias. López Benedito tenía allí un lugar privilegiado. El día de su llegada, *El Liberal* de Madrid publicó la nota “Un buen español”: “El Sr. López Benedito ha sido siempre el más esforzado paladín y servidor más fiel de los intereses nacionales en aquellas regiones”.¹⁷ Y *El Globo* agregaba: “Don Fernando López Benedito ha llegado a Madrid, y con él viene el espíritu de fraternidad de aquellos buenos españoles que no solo contribuyeron con sus donativos...”.¹⁸ *El Correo Español* y su redactor eran los referentes de la comunidad española en la Argentina.

En el caso de Francisco Grandmontagne, dada la dirección que tomó su actuación en España, la prensa jugó un papel fundamental. Su reconocimiento como intelectual legitimó sus distintas intervenciones. Mariano de Cavia publicó una reseña biográfica en *El Imparcial* y lo llamó el “Embajador a la moderna” (García 2002: 59) para diferenciarlo de los embajadores “a la antigua” que eran como los ruiseñores, de hermoso canto. El artículo fue reproducido en *La Prensa*. “Entre tanto sinsonte como nos envían las Américas para

17 “Notas: El Liberal”, en: *El Correo Español*, 04/07/1899, p. 1.

18 “Notas: El Globo”, en: *El Correo Español*, 4/07/1899, p. 1.

distraer la ‘malagana’ de estetas desvaídos y coloristas desteñidos, razón es que venga alguien a dar al arroz nacional un poco de sustancia, siquiera sea, por ahora, en forma de recetas” (Cavia 1903: 5). La Asociación Patriótica Española, en su revista *España*, resaltó el aspecto práctico del orador al recordar que “ha trabajado en el comercio, conoce sus operaciones, ha estudiado las necesidades de este mercado y los gustos de la población; se ha ejercitado en la ampliación del régimen arancelario pues ha sido durante mucho tiempo despachante de aduana”.¹⁹ A partir de este perfil, orador y hombre práctico, Grandmontagne confeccionó sus conferencias. Estos reconocimientos tuvieron eco en Buenos Aires: sus artículos fueron reproducidos por el propio *Correo Español*, la revista *España*, *La Prensa* y *La Nación*. A la vez, cubrieron los eventos, reprodujeron las conferencias y ampliaron exponencialmente el público.

Estos viajes estuvieron jalonados por actividades, como congresos y conferencias. En espacios de sociabilidad, académicos, de ocio, o comerciales, los viajeros compartieron la posibilidad del intercambio de ideas que dio forma a la esfera pública en la que intervinieron los viajeros. En Madrid, López Benedito circuló por varios de ellos. El primero fue el congreso. El lugar de los políticos y de la política lo desilusionó. Para el periodista, el debate se alejaba de los problemas concretos, como la violenta granizada que había destrozado la ciudad, y se limitaba a problemas partidarios como la aprobación del acta del representante republicano por Valencia Miguel Morayta, gran maestre de la masonería española.²⁰ La división que observó le causó una profunda impresión y confirmó su idea sobre la esterilidad de ciertos espacios políticos formales. López Benedito visitó los cafés y sus tertulias, como las que frecuentaba en la Avenida de Mayo en Buenos Aires, pero: “todo es desesperación y ruina” (López Benedito 1899: 1). En cambio: “en otros círculos comerciales todo son proyectos y esperanza” (1). Allí conoció las versiones de los sectores de comerciantes y fabricantes, y pudo articular las discusiones que él mismo tenía en la Argentina. Sin embargo, la falta de unidad lo desalentó: “Los fabricantes, o no entienden bien de lo que se trata, o no se entienden los unos con los otros” (1).

Finalmente, en la Unión Ibero Americana encontró lo que buscaba. Su dinámica estaba por sobre los problemas políticos, regionales y malos entendidos que impedían aunar esfuerzos: “no se habla de Morayta, ni de política infecunda, ni de teatros, ni de chismes sociales, es como el foco de donde ha de partir la luz que ilumine el porvenir de la patria” (López Benedito 1899: 1). A la velada organizada por la institución, donde se homenajeó a López Benedito, asistieron miembros del gobierno español, como el General Weyler, el ministro de Marina, Francisco Silvela, el político Segismundo Moret, agregados militares de otras repúblicas americanas, y también comerciantes y fabricantes, y literatos como Rubén Darío. Bajo los techos iluminados de la Unión Ibero Americana se reunían los representantes de los ámbitos que había encontrado infructuosos, como la política y los cafés, o los comerciantes, para prestar atención a lo que sucedía. Esta vez, el resultado fue fértil. Hasta los políticos dejaron de lado sus enfrentamientos y fueron parte activa de la propuesta común. El clímax llegó con los discursos. Allí, se reprodujo, en espejo, el rito de investidura del banquete de despedida en Buenos Aires. En este contexto, la palabra de

19 “El intercambio Hispano argentino. La misión Grandmontagne”, en: *España* 5, 2/08/1903, p. 3.

20 En algunos sectores de España se asociaba el accionar de la masonería a la pérdida de las Filipinas, motivo por el que algunos diputados se pronunciaron en contra provocando un intenso debate.

López Benedito cobró importancia y, a través de ella, alentó las relaciones entre España y Argentina.

Las actividades académicas constituyeron, para los viajeros, otros espacios de intervención. Allí los viajeros encontraron núcleos para la sociabilidad y la difusión de ideas. El Estado, algunas universidades y organizaciones culturales –como la Junta para la Ampliación de Estudios o las misiones enviadas por la Universidad de Oviedo– auspiciaron viajes de profesionales para dar cursos o conferencias. Se consolidó un intercambio institucional entre distintos centros de estudio de España e Hispanoamérica.

El Congreso Social y Económico Hispano-Americano fue el resultado de iniciativas privadas y públicas. Lo organizó la Unión Iberoamericana y lo apoyó el Estado español, a través de un real decreto. Durante nueve días se trabajó sobre distintos aspectos de las relaciones hispanoamericanas como Arbitrajes, Jurisprudencia y Legislación; Economía pública; Ciencias; Artes y Letras; Enseñanza, Relaciones Comerciales; Transportes Correos y Telégrafos, entre otros (García Montón G. Baquero 1999: 281-294). Estos debates permitieron a Calzada, como representante de la Asociación Patriótica Española discutir sus principales preocupaciones sobre las relaciones comerciales entre España y la Argentina. En el Congreso se indagó sobre la unificación de planes de estudio entre los distintos países, la reciprocidad de títulos académicos y la unidad de los derechos de autor. La Asociación Patriótica retomó esta última cuestión al proponerse como representante de los escritores españoles en la Argentina para percibir sus derechos de autor, lo cual sin embargo no prosperó.²¹

Mientras duró el congreso, Calzada fue invitado a diversos lugares donde pudo reproducir sus opiniones: la presidencia del Consejo de Ministros, la revista *España*, la *Revista de los Tribunales* y el Ateneo de Madrid, entre otros. El Centro Asturiano le ofreció un banquete al que asistieron Posada, Aramburu y Altamira, catedráticos de la Universidad de Oviedo. Sin embargo, este mismo viaje expresó también el límite de la propuesta de intervención en este tipo de ámbitos que no dejaba espacio para el conflicto, ni para las posturas partidarias. Durante el desarrollo del Congreso, el secretario de la Unión Iberoamericana Jesús Pando y Valle le informó a Calzada que estaba a la firma la Real Orden concediéndole una condecoración que no solo tomaba en cuenta su trayectoria sino también la de la Asociación Patriótica Española. Calzada decidió que no aceptaría la condecoración, y así se lo manifestó a Pando. “No quería cruces de la corona, fuese cual fuese el motivo” (Calzada 1926: II, 85 s.). Calzada era un republicano antimonárquico, y por el mismo motivo, había debido inventar una enfermedad para no asistir a la recepción a los congresistas en la Casa Real. Su identificación con el modelo político de la Asociación Patriótica Española tenía un límite. Sus principios políticos chocaron con su papel como viajero y prefirió evitar la tensión.

En cambio, al llevar al límite esta tensión, las conferencias de Grandmontagne suscitaban el escándalo y la atención necesarios para ampliar su impacto. El uso de un tono crítico hacia la sociedad y la política española, característico de la figura intelectual de finales del siglo XIX, elaborado a partir de una comparación con su experiencia en América, conmovió la opinión pública. La transcripción de las conferencias fue publicada en Buenos Aires, en *España*, y Ramiro de Maeztu repartió copias en Madrid (Grandmontagne 1904c: 2).

21 *Acta Junta Ejecutiva de la Asociación Patriótica Española*, Libro III, 8/05/1901, p. 125. Archivo privado de la Asociación Patriótica Española, no catalogado.

El escándalo producido por sus palabras pasó de la prensa al Parlamento español. De acuerdo al orador, *El Imparcial* telegrafió diciendo “entre otros disparates, [...] que habían protestado los cónsules de España en América” (Grandmontagne 1904b: 5). El 19 de noviembre, el conde Peña Ramiro declaró en el Senado español: “Esta mañana en uno de los periódicos de más circulación de Madrid he leído una noticia que en mi sentir encierra suma gravedad [...] parece que en Bilbao se ha presentado un individuo con cierto carácter oficial a dar una conferencia acerca de cuestiones comerciales, y que en lugar de desarrollar el tema anunciado, olvidándose, sin duda, por completo de cómo había sido recibido allí ha pronunciado un discurso contra España, contra los españoles y contra las instituciones del Estado.²² Aunque no tenía contenidos precisos sobre la conferencia, el telegrama de *El Imparcial*, había conmovido al conde. “Yo pregunto: no hay aquí una ley que prohíba, o que tenga bastante fuerza para impedir que un individuo que viene a España se aproveche de su condición de extranjero para insultar a los españoles? ¿No hay ninguna ley por la que se le pueda poner en seguida en la frontera?”²³ Tampoco la información sobre quien era Grandmontagne era precisa, aunque como bien señala el orador, el mismo periódico había publicado su semblanza.

Sin embargo, “el conferenciante debe todo su éxito a este canard de *El Imparcial* [...] Alrededor de este telegrama se produjo una enorme agitación periodística en toda la península” (Grandmontagne 1904b: 5). En la Argentina, su recepción fue despareja. La colectividad española, con muchas expectativas por las conferencias, quedó en vilo con la llegada de las primeras repercusiones políticas. El perfil apolítico de la Asociación Patriótica Española (Romero 2007) quedó vulnerado, y esta consideró la posibilidad de romper el contrato con el orador. Finalmente, las transcripciones de las conferencias y la buena recepción de la segunda, celebrada en Bilbao, calmaron los ánimos y Grandmontagne continuó como representante de la Asociación (Romero 2006b: 13). Su impacto en la opinión pública española y argentina fue evaluado de modos distintos. Para la Asociación Patriótica Española fue la demostración del potencial disgregador de las disputas políticas y marcó un límite al patrocinio de intervenciones públicas. En España, en cambio, el escándalo posibilitó la difusión de su proyecto. En la esfera pública, como comentó orgulloso el orador, se desataron: “aclaraciones, defensas, ataques, interpelaciones al Gobierno, apoyo de los diputados republicanos, discursos en el congreso a favor del conferenciante y en contra de la Trasatlántica...” (Grandmontagne 1904b: 6).

En suma, los tres viajeros se propusieron que sus palabras incidieran en la opinión pública para estrechar las relaciones entre España y la Argentina y actuaron en aquellos espacios propicios para entablar el diálogo. Su actuación estuvo relacionada con la forma que adquirieron sus “yo de viajeros”. La difusión de sus experiencias de viaje, impulsada por la prensa, tuvo un límite político, manifiesto en la tensión entre su papel de representantes, sus propias posiciones políticas y las características de los espacios en los que intervinieron. Las asociaciones, congresos y conferencias eran espacios ventajosos para los oradores, no estaban fraccionados por la politiquería del partidismo o regionalismo, posibilitaban la convivencia de republicanos y monárquicos, y estaban enfocados en temas prácticos, por ejemplo en cómo mejorar las relaciones económicas con la Argentina. Eran

22 *Diario de sesiones de las Cortes. Senado* N° 78. Madrid, Imprenta de J. A. García. Sesión del jueves 19 de noviembre de 1903, p. 1376.

23 *Diario de sesiones de las Cortes. Senado* N° 78. Madrid, Imprenta de J. A. García. Sesión del jueves 19 de noviembre de 1903, p. 1376.

ámbitos que se definían como no políticos en sintonía con una propuesta como la de la Asociación Patriótica, que buscaba dejar de lado este tipo de conflictos para privilegiar la unidad y la armonía. Instituidos como representantes de este conjunto de valores, los viajeros tenían impuesto un límite a su opinión política.

Los éxitos de las experiencias fueron disímiles. López Benedito rechazó de plano aquellos lugares abiertos a la política y al conflicto, mientras que Calzada solo encontró el límite cuando sus propios principios, republicanos, fueron puestos en tensión. A diferencia de Grandmontagne, no eligió la estrategia del escándalo. La doble consecuencia, en España y la Argentina, de sus conferencias señaló claramente dos rasgos de la opinión pública contemporánea: el peligro de su disgregación, por la aparición de intereses distintos, y la potencialidad del escándalo para movilizar políticamente.

Los tópicos y la construcción de un terreno cultural compartido

Los viajes nutrieron un terreno cultural compartido, con tópicos comunes a ambas márgenes del Atlántico, sobre el cual se estructuró el debate político. La elección de distintas nociones, como por ejemplo raza y clase para pensar los conflictos sociales y políticos, situaba en el centro de la escena algunos problemas relegando otros. Los tres viajeros seleccionaron algunos conceptos, presentes en el debate político —crisis, patria y raza— para estructurar sus intervenciones; sin embargo, esto no implicó que sus significados fueran unívocos.

Los tres arribaron a puerto español con un encargo de la Asociación Patriótica que involucraba un modo de entender la crisis y la política. Durante el conflicto de Cuba, esta institución, para enfrentar las disgregaciones políticas y regionales, había propuesto el apoliticismo, a la vez que presentaba el patriotismo como una opción unificadora (Duarte 2003: 259-264; Romero 2007: 467). Aunque estos valores morales otorgaron sentido a las acciones de los viajeros que la representaban, sus perspectivas sobre la política no eran iguales.

López Benedito, probablemente por ser uno de sus principales voceros, fue quien más se acercó a la visión de la Asociación. El redactor poseía una visión negativa de la política, entendida como un modo de debate y toma de decisiones, porque encontraba sus discusiones alejadas de la realidad. Los discursos, bellos y envolventes, solo eran parte de la lucha partidaria y no contenían un argumento sobre los sucesos. La palabra encendida solo era retórica pero no equivalía a una preocupación por la crisis. Mientras más fuertes los discursos, menos útiles le parecían: “aunque si he decir la verdad, los apasionados comentarios que oía en todas partes, los fogosos discursos que escuchaba en las sesiones, me producían cierta tristeza” (López Benedito 1899: 1). Estériles de contenido e incitadores al conflicto distraían la actividad pública de los problemas urgentes. Le parecía mentira que “después de lo sucedido, cuando nadie debería pensar sino en reconstruir la patria; el congreso y el pueblo gasten tanto tiempo en discutir una personalidad!” (López Benedito 1899: 1). Este defasaje entre lo discutido en las cámaras y el problema real de España, resultaba en medidas inadecuadas. La prueba estaba en el anuncio de una nueva política impositiva para el comercio ultramarino y varios sectores de la producción. De acuerdo con López Benedito y varios miembros de la Asociación Patriótica Española, el reforzamiento del comercio ultramarino era una de las vías para salir de la crisis. Pero los políticos no lo notaban: “Es la perfección del sistema de vivir sobre el país, con lujo, con

esplendor sin castigar a las clases improductivas y cegando muchas fuentes de riqueza, arruinando industrias entre ellas la naviera, cuando precisamente esperábamos todos que se formase una marina mercante para aumentar el comercio español con las repúblicas” (López Benedito 1899: 1). El político no era un representante de los verdaderos intereses de la sociedad. Las medidas “han provocado protestas en toda la nación, tan importantes, que se tema suceda aquí algo gordo” (1).

El conflicto, entendido como una anomalía de la vida política, evidenciaba el aislamiento de los representantes respecto de los propios representados. La distancia entre la realidad y la política, profundizada por las diferencias partidarias y regionales españolas, era el núcleo del problema que impedía la salida de la crisis. La falta de atención a lo que sucedía y la pérdida de tiempo confirmaban su diagnóstico del problema de España: las divisiones y el debate estéril. En contraste, la propuesta de la Unión Ibero Americana, en consonancia con la de la Asociación Patriótica Española, le parecía más adecuada. Su proyecto otorgaba a la acción un sentido político real; en los salones de la Unión Ibero Americana los políticos dieron cuenta del problema español y de sus posibles soluciones. Su discurso se hacía eco de las críticas que, a finales del siglo XIX, cuestionaron al sistema parlamentario. Improductivo, infértil y aislado del pueblo al que se suponía representar, el parlamentarismo era criticado por no servir como herramienta de acción para el fortalecimiento de la nación.

Aunque López Benedito compartía algunas de las críticas de Grandmontagne, ambos remitían a formas distintas de pensar y procesar el conflicto político. A lo largo de sus conferencias, Grandmontagne analizó el problema de España partiendo de que la “verdadera prosperidad de un pueblo debe todas las esferas de sus fuerzas creadoras, desde la labor manual al organismo político” (Grandmontagne 1903: 3). Un desajuste entre estas provocaría una situación de crisis. Grandmontagne tomaba este modelo de lo que él llamaba “Italia científica” y exponía: “La humanidad tiene dos faros, el progreso moral y el económico; el uno no alumbraba sin el otro; aquel resuelve las cuestiones de este” (Grandmontagne 1903: 3). Para él, también el problema de España radicaba en el desfase entre estos faros provocado por el mal funcionamiento de la política. Sin embargo, a diferencia de lo que sostenía López Benedito, el problema se enraizaba por un lado en el comportamiento de la sociedad y por el otro en la ausencia de un ideal que la encausase.

El comportamiento político estaba minado por los intereses particulares que no permitían conjugar uno más general. En el cambio de siglo, la polémica sobre qué rol debían cumplir los intereses individuales en el funcionamiento de la política resumía uno de los aspectos de la transformación de la política democrática. La tensión entre una perspectiva que valoraba el deber ciudadano de participar activamente, y otra que, valorando negativamente el conflicto, asociaba su ausencia con la posibilidad de desarrollar los intereses materiales, cobró un nuevo sentido con la incorporación exponencial de las masas en la política. Para Grandmontagne, quien se acercaba más a la primera propuesta, el origen del problema de España estaba en las ataduras que los intereses materiales imponían a la política, como las que sujetaban a sus patrocinadores: “hombres de distintos matices políticos, pero recortados en sus ideas y sentires por esa trama de intereses que, a fuerza de mutuas sesiones, estanca el espíritu de un pueblo. Más claro: el liberal que es corredor de bolsa, no se atreve a acentuar su liberalismo temiendo que el clerical capitalista le retire las comisiones, estos temores mutuos detienen en Bilbao el curso de la evolución espiritual que hoy demanda su progreso económico y su creciente energía” (Grandmontagne 1904b: 4).

Por oposición, Grandmontagne delineó su modo de concebir la política vinculado a la participación ciudadana, que se tradujera en una representación política de los anhelos del pueblo. Al discutir con el presidente de Fomento del Trabajo, quien deploraba no poder reunir los suficientes votantes para llevar su propuesta al congreso, le explicaba: “Pero, entonces, mi querido señor Ferrer, el pueblo Catalán no esta con ustedes, con los catalanistas. No son ustedes los verdaderos intérpretes de las aspiraciones de Barcelona” (Grandmontagne 1904d: 2). A diferencia de la opinión de López Benedito, no eran para él los comerciantes y sus intereses quienes mejor representaban al pueblo, sino aquellos a quienes este elegía y eran capaces de guiarlo.

La postura política de Calzada le había impedido aceptar la Real Orden pero no participar de los ámbitos formales de la política. Durante la experiencia republicana en 1873 había participado de los dos foros de debate político finiseculares: la prensa y el parlamento, donde adquirió sus primeras armas como periodista y político. El debate era para Calzada uno de los pilares de la política. Así lo afirmó en el discurso inaugural del congreso: “De mi puedo decir, con el ilustre Sr. Silvela, que soy de los creyentes: yo creo fervientemente en la eficacia de las deliberaciones del Congreso, por la sencilla razón de que los ideales y lo que en el se persiguen son de realización absolutamente necesaria, y creo que es necesario, se cumplan tarde o temprano” (Calzada 1902: 22). Su carrera de abogacía lo proveyó de un bagaje sobre la igualdad y la universalidad de la ley —que en la tradición liberal decimonónica era un principio de orden para la sociedad— que conjugó con el republicanismo federal de la tradición española.

Para Calzada, la crisis del régimen de la Restauración puso en tensión sus principios. Por un lado, rechazaba las cruces y coronas, y por otro participaba en los ámbitos de deliberación que posibilitaran la transformación política de España. El congreso, organizado por la Unión Ibero Americana pero respaldado por la corona, era para él una oportunidad para que el intercambio de ideas posibilitara la realización de los proyectos. Años más tarde integraría el parlamento español, el órgano de discusión, como representante republicano de los españoles en el exilio.

En suma, los tres viajeros eran críticos de la situación de España pero desde ángulos diferentes. Para el republicano Calzada, la monarquía constituía el límite del desarrollo político. López Benedito encontraba en la ‘politiquería’ las raíces de los males. Grandmontagne abogaba por un mayor compromiso y participación. Estos argumentos pivotaban sobre la noción de patria como elemento unificador, y remitían a la experiencia al otro lado del Atlántico.

El valor político del patriotismo

La noción de patria era, a finales del siglo XIX, uno de los conceptos más disputados. La lucha por la definición de su carga programática involucró los fines atribuidos a la patria-nación, así como la concepción de la política y de la democracia. Un patriotismo de integración —denominado cosmopolita por sus adversarios— proponía una articulación con una democracia entendida en términos representativos y con valores no contradictorios con los de la humanidad. Otro patriotismo, de exclusión y partidario de la homogeneidad cultural, se asociaba a una democracia sustancial o ‘verdadera’ (Bertoni 1998: 186). En la década de 1880, esta polisemia estaba presente en la discusión política e intelectual que

buscó normalizar sus significados y proponer, al mismo tiempo, la opción correcta para la política y la sociedad.

Para los tres viajeros, la experiencia de la Asociación Patriótica Española había sido fundamental, y en todas sus declaraciones la postularon como el modelo de inclusión. Este fue el punto de mayor coincidencia: mostrar al patriotismo como la posibilidad de aunar los intereses de las distintas regiones. López Benedito lo presentaba ante la Unión Ibero Americana, Calzada lo lucía en el discurso de apertura del Congreso y Grandmontagne lo arengaba: “Allí en aquella Junta únase el catalán, el vasco, el castellano, el andaluz y el gallego fundidos en un sentimiento común, hispánico, y poniendo sobre todo otro ideal estrecho la vasta concepción de un organismo nacional robusto, dotado de unidad de acción, que sea en el orden espiritual imagen viva de un alma nueva, obtenida por proceso fusivo, y pueda, en el sentido económico llevar su progreso industrial, a donde en otras edades llevara su brazo guerrero” (Grandmontagne 1904a: 1).

La patria y el patriotismo se propusieron como valores para superar el desajuste, otorgarle un sentido a la política y dar lugar a lo que verdaderamente importaba, el resurgimiento de España. Esta también era la propuesta discutida por los emigrados en la Argentina. Así, para el presidente del Club Español, el Doctor Sola, la crisis recién desatada era un momento oportuno para sustraerse “al sentimiento de esa herida para que su dolor agudo, punzante, nos despierte de lleno a la vida de la realidad histórica, de la cual hemos estado alejados mucho tiempo”.²⁴ El desastre era una alarma para concientizar al pueblo español de su posición en el concierto de naciones. En 1899, en el primer momento de los efectos del desastre de Cuba, la colectividad española se había hecho eco de esta idea de crisis como resurgimiento y proponía al patriotismo como la “concentración de toda la familia española, olvido de nuestros pasados pleitos de familia, avivamiento de todos los sentimientos y afecciones nacionales”.²⁵ Patria y patriotismo aparecían con una carga programática para la península.

Si el patriotismo aparecía como voz unificadora, la idea de cómo definir la patria era un poco más elusiva. Durante la velada homenaje que celebró la Unión Ibero Americana a López Benedito, el director de esa institución, el Señor Armiñan, manifestaba: “Yo también soy un español nacido en América” (Sánchez Huguet 1899: 1). De este modo, el colega de López Benedito proponía una noción amplia de patria española, que no se definía por su jurisdicción política sino por una pertenencia a una comunidad cultural, la española, donde América cumplía el rol regenerador. “América se acabó, la figura de Bolívar puede unirse perfectamente con la del Gran Capitán [...] lo que queda, pues, es el espíritu de raza, queda todo el entusiasmo por las ideas latinas, por lo que somos por nuestra bendita religión [...] eso queda en América [...]” (Sánchez Huguet 1899: 1). La noción de raza daba sustancia a la de patria y ambas estructuraron las discusiones políticas. La capacidad de que estos términos fueran codificados y decodificados a ambos lados del Atlántico respondió a la consolidación de un terreno cultural compartido.

Para López Benedito, la raza latina, que remitía a una lengua, cultura e historia, era la posibilidad de hermanar y de energizar a la península. Estos lazos, provenientes de un modo de entender la nación distinta a la meramente jurídica, permitían incorporar una definición de pueblo natural. Esta hermandad fue también el corazón del discurso

24 “Redacción: en homenaje de Fernando López Benedito”, en: *El Correo Español*, 25/04/1899, p. 1.

25 “Redacción: en homenaje de Fernando López Benedito”, en: *El Correo Español*, 25/04/1899, p. 1.

de Calzada: “la solidaridad entre los hombres de la misma raza, como entre las gentes de una misma familia, se impone por el propio poder de la naturaleza. Esperando, pues, que estas nuestras deliberaciones sean igualmente fecundas en bienes para España y para los países de su idioma, no aguardamos ningún milagro, ni soñamos tampoco con ideales imposibles” (Calzada 1902: 22).

La noción de patria de Grandmontagne también pivotaba sobre la de raza, útil para analizar las características y costumbres peninsulares, semilla de la crisis española. En sus conferencias utilizó la caracterización de la sociedad argentina presente en sus novelas, los tipos sociológicos y el éxito de los emigrados vascos para comparar con lo que sucedía en la península. Su experiencia en la Argentina le permitió contrapesar el discurso *calibanesco* y el *arielista*, que valoraban las raíces culturales españolas frente a la presencia en América de Estados Unidos. “Madre! ¡hijas! ¡confraternidades hispanoamericanas! Todos estos conceptos hueros, de romanticismo trasnochado y pueril, no tienen vida más que en los Orfeones y en los Ateneos de España” (Grandmontagne 1903: 4). Para Grandmontagne estos discursos opacaban las posibilidades de cambio de España a través de la liberación de las herencias atávicas y del triunfo de la raza, como había visto en la Argentina.

La intolerancia religiosa y el catolicismo exacerbado cimentaban los conflictos políticos y las guerras regionales, e impedían el desarrollo de España. En contrapartida, el éxito del vasco en la Argentina era posible porque estaba libre del “misticismo ramplón”. La libertad religiosa, al igual que en la Argentina, posibilitaría el desarrollo de las virtudes del trabajo. América mostraba cómo solucionar el más grave de los problemas españoles: las ataduras que no permitían el desarrollo de los conflictos hasta que se encontraran las soluciones. “Pero lo que más se ha combatido, hasta lograr su completo desalojo, ha sido la intolerancia, esa religiosidad fetichista y gitana, ignorante del contenido cordial del Evangelio. A esta labor de tolerancia y libertad espiritual se han consagrado en América todos los hombres cultos” (Grandmontagne 1903: 4). Grandmontagne se oponía a la vuelta a las raíces españolas. La “desespañolización” de América había propiciado el surgimiento de las virtudes cívicas.

La raza latina, que variaba entre la vasca y la española, se vinculaba con un conjunto de costumbres que podían potenciar o detener el desarrollo de la sociedad. Desespañolizarla iba a posibilitar el desarrollo de su potencial. A diferencia de las otras propuestas, que encontraban el matiz solidario y unificador con el cual transmitir el ejemplo americano, Grandmontagne doblaba la apuesta: en el presente América debía transmitir la cultura a España.

Reflexiones finales

A finales del siglo XIX se pusieron en juego distintas percepciones sobre el funcionamiento de la política y su papel en la consolidación del destino de una nación. Estas percepciones buscaron dar respuesta a los problemas y desafíos que la democracia de masas comenzaba a plantear, tal como el de establecer cuál era el lugar político para los conflictos de intereses. La percepción de su heterogeneidad –regional y política en los casos propuestos– y de sus antagonismos introdujo nuevas preocupaciones sobre cómo lograr el consenso y la unidad de la nación.

Aunque los viajeros concordaban en la percepción de esta fragmentación, principalmente aquella referida a la economía y las regiones, sus juicios fueron diferentes. Mientras que para López Benedito los intereses económicos debían encontrar una expresión en la política y de este modo ser expresión real de los de la sociedad, Grandmontagne proponía lo opuesto: liberar a la política de los intereses económicos. Sin embargo, ambos coincidían junto con Calzada en la importancia del patriotismo como ideal unificador que posibilitara la superación de las diferencias, sobre todo las regionales.

Esta percepción común fue elaborada durante su experiencia política como emigrados en la Argentina donde participaron en distintos ámbitos de sociabilidad. Uno de ellos, la Asociación Patriótica Española, les proveyó de un lenguaje para codificar la realidad política española. Durante los banquetes de despedida, en el rito de pasaje que los investió como representantes, se afirmó su integración a los valores propuestos por la Asociación para su futura proyección del otro lado del Atlántico. Fueron portadores de una experiencia acuñada en la Argentina que se manifestó en su enunciación pública y que no estuvo exenta de tensiones con sus propios valores políticos. Los límites fueron disímiles. Calzada no pudo aceptar la condecoración real y Grandmontagne tuvo que dividir materialmente su relato entre el corresponsal de *La Prensa* y el conferencista de la Asociación Patriótica Española.

La valoración de la esfera pública como espacio de debate y reflexión fue un elemento común de los tres viajeros, quienes utilizaron los recursos de los espacios disponibles para exponer sus discursos y multiplicar su impacto. El escándalo catapultó las palabras de Grandmontagne y, al igual que en otras ocasiones, le sirvió de arena de lanzamiento para proyectar su figura y situarse en el entramado político y social. Los enfrentamientos entre periódicos, los artículos de temas punzantes, proporcionaban la posibilidad de presentarse ante la opinión pública y adquirir notoriedad (Alvarez Junco 1990: 53-90). A finales de siglo XIX, la prensa era uno de los principales foros de opinión y debate que materializaba una opinión pública diversa, escenario de competencia de los distintos intereses. Sin embargo, Calzada y López Benedito, quienes conocían, por su trabajo en *El Correo Español*, el papel de la prensa, utilizaron otros métodos. Ambos optaron por poner en juego sus propias redes de sociabilidad.

Frente a la crisis, entendida como la ausencia de una representación política adecuada –por falta de participación o carencia institucional– que evidenciaba los límites del sistema político, los viajeros propusieron una solución. El patriotismo, ideal vinculante, era la identificación necesaria para aunar los intereses divididos en pos de una preocupación por el lugar de España en el concierto de naciones. Aunque divergían en sus posturas frente a la política, los viajeros coincidieron en el patriotismo como valor orientador de la representación política en crisis. Complementaria a esta perspectiva, la noción de raza latina les permitió ampliar el horizonte de esta propuesta política incorporando simbólicamente a América como solución a la crisis española. De este modo, los viajeros cimentaron un terreno en donde las nociones de patria, raza y crisis dieron cuenta de la realidad política en ambos países. Los viajes posibilitaron reafirmar un horizonte común entre ambos márgenes del Atlántico y consolidar este terreno cultural compartido que, en el caso de los emigrados, les facilitó comunicar su experiencia a la península a partir del uso de un conjunto de nociones comunes.

Bibliografía

- AA. VV. (1902): *Congreso social y económico hispano-americano. Madrid 1900*. Madrid: Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández.
- AA. VV. (1930): *In memoriam Rafael Calzada*. Buenos Aires: L. J. Rosso.
- Alfieri, Teresa (1993): “El novelista de la inmigración”. En: Biagini, Hugo (comp.): *Redescubriendo un continente. La inteligencia española en el París Americano*. Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla, pp. 335-350.
- Alfieri, Teresa (1998): “La generación del 98 en el ensayismo argentino”. En: *Cuadernos Hispanoamericanos*, 577-578, pp. 201-213.
- Álvarez Junco, José (1990): *El emperador del paralelo: Lerroux y la demagogia*. Madrid: Alianza.
- Bertoni, Lilia Ana (1998): “Acerca de patriotas y cosmopolitas en el cambio de siglo”. En: *Entrepasados*, VIII, 15, pp. 189-196.
- Biagini, Hugo (1995): *Intelectuales y políticos españoles a comienzo de la inmigración masiva*. Buenos Aires: CEAL.
- Calzada, Rafael (1902): “Discurso inaugural”. En: AA. VV.: *Congreso social y económico hispano-americano. Madrid 1900*. Madrid: Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, pp. 21-23.
- (1926): *Cincuenta años en América. Notas Autobiográficas*. Buenos Aires: Jesús Menéndez, 2 vols.
- Cavia, Mariano de (1903): “La misión Grandmontagne”. En: *La Prensa*, 05/10/1903, p. 5.
- Colombi, Beatriz (2004): *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Rosario, Beatriz Virterbo.
- (2006): “El viaje y su relato”. En: *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, 43, pp. 11-35.
- Da Orden, María Liliana (1999): “Liderazgo étnico y redes sociales”. En: Fernández, Alejandro E./ Moya, José C. (eds.): *La inmigración española en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos, pp. 165-194.
- Del Barco, Pablo (1979): “Francisco Grandmontagne”. En: *Cuadernos Hispanoamericanos* 351, pp. 636-640.
- Delgado, Lorenzo/González Calleja, Eduardo (1991): “Identidad nacional y proyección transatlántica: América Latina en clave Española”. En: *Nuova Rivista Storica*, LXXV, II, pp. 267-362.
- Duarte, Ángel (2003): “España en la Argentina. Una Reflexión sobre el patriotismo español en el tránsito del siglo XIX al XX”. En: *Anuario IEHS*, 18, pp. 251-271.
- Ette, Omar (1992): “Transatlantic perceptions: A contrastive reading of travelers of Alexander von Humboldt and Fray Servando Teresa de Mier”. En: *Dispositio. Revista Americana de Estudios Comparados y culturales/American Journal of Comparative and Cultural Studies, University of Michigan*, XVII, 42-43, pp. 165-198.
- Fernández, Alejandro (1987): “Patria y cultura: aspectos de la acción de la elite española de Buenos Aires”. En: *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 2, 6-7, pp. 291-307.
- Fernández, Sandra/Navarro, Fernando (2008): “La literatura de viajes en perspectiva, una comprensión del mundo”. En Fernández, Sandra/Geli, Patricio/Pierini, Margarita (eds.): *Derroteros del viaje en la cultura: mito, historia y discurso*. Rosario: Prohistoria Ediciones, pp. 33-45.
- García Montón G. Baquero, Isabel (1999): “El Congreso Social y Económico Hispanoamericano de 1900: Un instrumento del hispanoamericanismo modernizador”. En: *Revista Complutense de Historia de América*, 25, pp. 281-294.
- García, Ignacio (2002): “Rubén Darío y Francisco Grandmontagne en el Buenos Aires de 1898. La redefinición de los conceptos de Hispanismo en América y de Americanismo en España”. En: *Revista Iberoamericana*, LXVIII, 198, pp. 49-66.
- Grandmontagne, Francisco (1903): “La primera conferencia en Bilbao”. En: *España*, 21 (02/12/1903), pp. 1-9.

- (1904a): “Las conferencias de Grandmontagne en España. La conferencia en Barcelona”. En: *España*, 26 (09/01/1904), pp. 1-9.
- (1904b): “España enardecida. (Andanzas, bienandanzas y malandanzas de un conferenciante)”. En: *España*, 29 (02/02/1904), pp. 1-6.
- (1904c): “España enardecida. (Andanzas, bienandanzas y malandanzas de un conferenciante)”. En: *España*, 30 (09/02/1904), pp. 1-5.
- (1904d): “España enardecida. (Andanzas, bienandanzas y malandanzas de un conferenciante)”. En *España*, 32 (16/02/1904), pp. 1-3.
- Halperin Donghi, Tulio (1998): “España e Hispanoamérica: miradas a través del Atlántico (1825-1975)”. En: Halperin Donghi, Tulio: *El espejo de la Historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 65-110.
- López Benedito, Fernando (1899): “Redacción: de nuestro director”. En: *El Correo Español*, (18/07/1899), p. 1.
- Maetz, Ramiro de (1903): “Españoles en América”. En: *España* 13, (02/10/1903), pp. 3-5.
- Mainer, Juan-Carlos (1977): “Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo, 1898-1923”. En: AA. VV.: *Ideología y sociedad en la España contemporánea. Por un análisis del franquismo*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo, pp. 152-154.
- Moya, José C. (2004): *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires 1850-1930*. Buenos Aires: Emecé.
- Pasquaré, Andrea (2000): “Del Hispanoamericanismo al Pan-hispanismo. Ideales y realidades en el encuentro de los dos continentes”. En: *Revista Complutense de Historia de América*, 26, pp. 281-306.
- Perrone, Alberto (1994): “Prólogo”. En: Grandmontagne, Francisco: *Teodoro Fornoda*. Buenos Aires: Secretaría de Cultura de la Nación, pp. 7-25.
- Pike, Frederick (1971): *Hispanismo 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish America*. London: University of Notre Dame Press.
- Prado, Gustavo (2005): *Rafael Altamira, el hispanoamericanismo liberal y la evolución de la historiografía Argentina en el primer cuarto del siglo xx*. Universidad de Oviedo: Tesis doctoral.
- (2010): “Rafael Calzada y los embajadores intelectuales en la Argentina del Centenario”. En: García Sebastiani, Marcela (dir.): *Patriotas entre naciones. Elites emigrantes españolas en Argentina (1870-1940)*. Madrid: Editorial Complutense, pp. 199-229.
- Pratt, Mary Louise (1992): *En Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Quilmes: Universidad de Quilmes.
- Rivadulla Barrientos, Daniel (1992): *La “amistad irreconciliable”, España y Argentina, 1900-1914*. Madrid: Editorial Mapfre.
- Rodríguez Pérsico, Adriana (1992): “Viajes alrededor del modelo: para una política estética de las identidades”. En: *Dispositivo. Revista Americana de Estudios Comparados y culturales/ American Journal of Comparative and Cultural Studies*, XVII, 42-43, pp. 285-306.
- Romero, Ana Leonor (2006a): “El director de *El Correo Español* pide órdenes para España: imágenes urbanas, viajeros y representantes en el intercambio finisecular entre España y Argentina”. En: Carzolio, María Inés et al. (eds.): *Actas IV Encuentro. La experiencia del viaje. Miradas e imágenes urbanas en la literatura de viajeros*. Buenos Aires: Carrera de Especialización en Historia y Crítica de la Arquitectura y el Urbanismo, FADU-UBA, CD, s/p.
- (2006b): ““Yo no soy feliz más siendo sincero”: Las conferencias de Grandmontagne y sus repercusiones en Argentina”. En: Iglesia, Rafael E. J. et al.: *Actas V Jornadas de Historia Moderna y Contemporánea*. Mar del Plata: Facultad de Humanidades, UNMdP, CD, s/p.
- (2007): “La política del Patriotismo. La conformación de la Asociación Patriótica Española (1896-1898)”. En: *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 21, 64, pp. 457-484.
- Sánchez Hugué, Emilio (1899): “Ecos de la Patria: Carta de Madrid”. En: *El Correo Español*, (23/07/1899), pp. 1-2.

- Saitta, Sylvia (2007): *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Serrano, Carlos (2006): “Conciencia de la crisis, conciencias en crisis”. En: Pan-Montojo, Juan (coord.): *Mas se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid: Alianza, pp. 341-409.
- Tabanera García, Nuria (1997): “El horizonte americano en el imaginario español, 1898-1930”. En: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y El Caribe*, 8, 2, pp. 67-87.
- Tamboranea, Mónica (1992): “La constitución de la subjetividad en los relatos de viaje del ‘80’”. En: *Dispositio. Revista Americana de Estudios Comparados y culturales/American Journal of Comparative and Cultural Studies*, XVII, 42-43, pp. 307-321.
- Terán, Oscar (2000): *Vida intelectual en el Buenos Aires fin de siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Turner, Victor (1988): *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus.